



José Manuel González Herrán

Un texto inédito de Pardo Bazán
¿El cuento «La mina»?

Todavía conocemos insuficientemente los escritos de Pardo Bazán anteriores a su consagración literaria. A pesar de que en los «Apuntes autobiográficos» la propia autora alardeara de su tempranísima vocación, sus versos infantiles y sus publicaciones adolescentes, al recopilar su obra completa tuvo buen cuidado de dejar en el olvido aquellas primicias: no sólo los relatos, artículos y poemas aparecidos en diversas revistas entre 1865 y 1880, sino también su primera novela, Pascual López. Autobiografía de un estudiante de medicina, que, editada tres veces entre 1879 y 1889, nunca llegó a formar parte de los volúmenes de Obras completas que ella misma preparó. Y si tal hizo con los textos cuya publicación acaso lamentaba, más lógico es que mantuviese bien al fondo de sus cartapacios -aunque cuidadosamente guardados- los que nunca había dado a la prensa.

Uno de ellos es el que aquí rescato; al hacerlo tengo muy presentes los argumentos con que Maurice Hemingway justificaba su edición de los poemas de doña Emilia, porque

nos pueden proporcionar nuevas perspectivas sobre la sensibilidad, la ideología e incluso la biografía de la joven escritora, de cuyos años tempranos todavía no tenemos más que una idea muy borrosa. Por

añadidura, tratándose de escritos inéditos de una autora de la categoría de la Pardo Bazán, no podemos respetar por tiempo indefinido (...) intenciones de autosupresión, sobre todo cuando se deben a razones puramente estéticas, por tanto discutibles, más bien que personales.

Para situar este relato -cuya identificación y datación plantean problemas de cierto interés para la erudición pardobazanista- conviene recordar lo que hasta ahora sabemos de los primeros escritos narrativos de nuestra autora. En los citados «Apuntes autobiográficos» mencionaba un «cuentecillo o esbozo de novela» que recordaba haber remitido al Almanaque de La Soberanía Nacional. Paredes Núñez ha localizado y rescatado «Un matrimonio del siglo XIX», texto de la «Señorita Doña Emilia Pardo Bazán» recogido en el citado Almanaque para 1866 (que previsiblemente se publicaría a finales del año precedente, lo que nos sitúa la redacción del relato cuando la precoz escritora no tenía más de catorce años); algunos meses más tarde, el 28 de julio de 1866, el cuento se publicaba de nuevo en El Progreso, de Pontevedra, periódico en el que aquella señorita debía tener algún valedor, ya que a las pocas semanas la narración era elogiosamente aludida en las mismas páginas a causa de la ejemplar filosofía de su moraleja. Y un par de números más tarde el folletín de El Progreso iniciaba la publicación de Aficiones peligrosas, una novela de la misma «Señorita Pardo Bazán».

Tras estos dos tempranísimos relatos, suele darse por concluida su «prehistoria literaria». La dilatadísima carrera que habría de alcanzar hasta el mismo año de su fallecimiento se inauguraba propiamente en 1876, al obtener el premio en el certamen de estudios sobre la obra del Padre Feijoo celebrado en Orense; a partir de ese momento, su firma aparece en diversas revistas gallegas y madrileñas. En una de ellas, El Heraldillo Gallego, de Orense, publicó en mayo de 1878 «El cacique», texto que, tal vez por estar a medio camino entre el artículo de costumbres y el cuento propiamente dicho, no suele citarse entre sus relatos tempranos; de ahí que, hasta la recuperación de «Un matrimonio del siglo XIX», se viniera considerando que el primer cuento publicado por nuestra autora fue «El príncipe Amado», aparecido en la revista La Niñez, de Barcelona en 1879. Atrás quedaría -en 1872 ó 1873- un relato inédito, «La mina», del que teníamos imprecisas y contradictorias noticias.

La primera, según creo, aparece en la biografía que Carmen Bravo-Villasante publicó en 1962: refiriéndose a los años de formación de la futura escritora, evoca la «revelación» de sus primeras lecturas de Alarcón, Valera y Pereda: no son «novelas al uso, o sea, románticamente históricas», sino relatos de costumbres cuya «invención es tan verosímil que parece un trozo de vida arrancado de la vida real. Por primera vez Emilia, fuera de ensayos filosóficos y poesías, escribe su primer cuento sobre un hecho real observado»; y su biógrafa añade, entrecomillándolo, un testimonio cuya fuente no indica:

«Y se lo leí al juez para mí más benévolo y al mismo tiempo más leal y recto que yo conocía: mi padre. Lo escuchó con atención suma, me

pidió que repitiese la lectura, lo hice así, se quedó pensativo, y al fin, con el arranque penoso del que tiene que dar una mala noticia, me dijo severamente:

-No te da el naípe por ahí. No sirves para ese género. Debes renunciar a escribir cuentos para toda tu vida. Es indudable que careces de las condiciones del cuentista, que son rapidez y una gracia especial como la que posee Alarcón, por ejemplo.»

Más adelante podremos discutir tan severo juicio paterno, acertado acaso como dictamen referido al relato, pero muy errado en el vaticinio sobre las dotes narrativas de su hija. Afortunadamente, esta no se desanimó del todo: según Bravo-Villasante, «aceptó el juicio, pero no rompió el cuento y lo guardó entre sus papeles en un cartapacio. El cuento se titulaba La mina».

Aunque en la biografía no se precisa la fecha en que tal anécdota sucede, el contexto parece situarla hacia 1873, cronología que parece haberse consagrado: el relato que nos ocupa (de cuyo título tampoco tenemos fuente precisa) aparece en el listado de cuentos elaborado por Harry L. Kirby como «La Mina (primer cuento de la autora, escrito hacia 1872 o 1873), nunca publicado»; por su parte, Paredes Núñez repite los datos («La mina, su primer intento serio, escrito hacia 1872») y la anécdota del desfavorable dictamen paterno, pero la fuente que aduce no es la biografía de Bravo-Villasante, sino un testimonio de la propia escritora recogido por Constantino Cabal. Verifiquemos el dato: en El libro de cómo se hacen todas las cosas cuenta el periodista y erudito asturiano a propósito «De cómo se escribe un cuento»:

La señorita [doña Emilia lo era entonces] se encerró en su despacho [para atender la invitación del anónimo editor barcelonés], inventó la historia de un pastor que descubría una mina; llenó con ella unas páginas y se las fue a leer a su papá... Y esta vez el generosísimo censor arrugó el entrecejo y al final de la lectura dijo: -Hija mía, ¡no me gusta!... Rómpele, quémallo, haz con él lo que te agrade, pero no vuelvas a escribir cuentos en tu vida... ¡Por ese camino no te llama Dios!

En suma: los datos que podemos deducir de ese testimonio (única y común fuente -creemos- de Bravo, Kirby y Paredes) no permiten concluir otra cosa que el asunto del relato -el descubrimiento de una mina- y el duro juicio paterno; lo demás -título y fecha- parecen arriesgadas suposiciones, que acaso ahora podamos corregir y precisar. Si es que el texto cuya noticia y transcripción aquí ofrezco es el mismo que, según conjeturaba Bravo-Villasante, la muchacha guardó «entre sus papeles en un cartapacio».

Precisamente en uno de los depositados en la Real Academia Gallega hay un relato cuyo asunto parece corresponder al que nos ocupa: el hallazgo y explotación de una mina (aunque no se mencione a ningún pastor como su

descubridor); tampoco el título es el que se venía repitiendo, bastante más adecuado que el muy impreciso que consta en este manuscrito («Cómo empieza y cómo acaba... todo, en España»), al que sigue un subtítulo que el propio texto comenta: «Narracioncilla». La otra cuestión debatida, la relativa a su fecha de redacción, queda resuelta por la muy precisa alusión cronológica que hace uno de los personajes, al comentar la noticia de la incorporación de Chipre al Imperio Británico, por acuerdo del Congreso de Berlín, en 1878; fecha esta que -recordemos- se corresponde con la del descubrimiento pardobazaniano del realismo en las primeras novelas de Alarcón, Valera y Pereda.

Dado que el sentido de esta nota no es otro que el de dar noticia y presentar este texto recuperado, prescindo por ahora de más comentarios, limitándome a una somera descripción del documento: cotejado el manuscrito con otros de la autora -de esta o de épocas posteriores-, lo primero que sorprende es su caligrafía: no se trata de un borrador, sino de una copia en limpio perfectamente legible y en excelente letra inglesa; de otra mano son algunas palabras sobreescritas o corregidas, así como la firma, indiscutiblemente autógrafa. Ello permite suponer que la joven escritora encargó que le pasasen a limpio su original, que corrigió cuidadosamente y firmó, dispuesto ya para ese envío a la imprenta que el severo juicio paterno frustró.

A no ser que nuestra hipótesis esté errada y esta no sea «La mina» que Emilia Pardo Bazán supuestamente escribió en los años setenta; en cuyo caso habrá que seguir buscando... otra mina.

Cómo empieza y cómo acaba... todo, en España.

(Narracioncilla)

Era... ¡me acuerdo bien! era Enero, y soplaba un remusgo guadarramesco que no había más que pedir, y colgaban del borde de los tejados cristalitos de hielo, picudos y relucientes como alcuza hacia abajo.

Muy gratas parecen (-y claro está que si lo parecen, en este caso lo son-) muy gratas, -proseguiré reanudando el suelto hilo del párrafo- son aquellas bocanadas, emanaciones o vaho que en días de tan rigurosa temperatura exhalan los hoteles y cafés, y con las cuales se difunde turbia y pesada ola de vapor en el diáfano ambiente. A manera de anzuelo éntanse por la nariz, halagándola con suave calorcillo y aroma, y asaltado ya el sentido del olfato, muy heroico será el descendiente de Pelayo o del Cid que no se vaya en pos del cebo, colándose por aquellas puertas de Dios, tras de que brillan los espejos, calienta el gas y consueta y refocila el Moka... manchego.

Entréme yo pues... y al llegar aquí reparo que lo que voy contando semejará forjado en mi imaginación, por no ser propio de quien firma estas páginas eso de enjaretarse bonitamente en un café, y pedir una copa de anís y leerse El Globo y otras publicaciones de muy honesto y discreto solaz para el entendimiento; pero es del caso advertir que el autor habla por boca de tercera persona, motivo para que titule su obra «Narracioncilla» y por señas que en lo del título anduvieron discordes los ingenios

queriendo los unos se llamase Pequeña Narración (apoyados estos en la autoridad de un poeta grande) y opinando los otros, que puesto que hay diminutivos en el habla castellana, verosímilmente para algo servirán.

¿En qué íbamos? Ya, ya! Sentéme en el café, que era de los más concurridos y majos, y cádate que recibo sendas palmadas en los hombros, y veo la cara de un mi amigo, que se reía de la gracia. Maldita la que me hizo y con todo aún tuve ánimos para decirle:

-Majadero, que te anuncies por tarjeta otra vez! ¿Dónde has estado?

-En Cavalacuatrera.

-Oiga! Dónde es eso?

-¿Pero tú en qué siglo vives? ¿No sabes dónde es Cavalacuatrera? la Cavequator de los romanos?

-Uy! no, no. ¿Está eso en el mapa?

-Anda, anda! Pero hombre tú no lees el Correo Soriano? ni la Voz de Soria? ni la Soria Ilustrada? ni...

-Ni las mantequillas! por mi mal. Qué tienes tú que ver con tanta Soria?

-Friolera! Un negocio magnífico, sin precedentes en la historia...

-De Soria?

-Hablo formalmente: es cosa admirable. Suponte tú que se han descubierto en el término de Cavalacuatrera, provincia de Soria, unos filones de cobalto y nickel... así como el puño de gordos. Allí se anda literalmente sobre miles de pesos. Ves esta sortija? es del mineral. Allí se ha organizado una empresa para explotar aquello... ¡Oro molido!

-Y tú serás accionista?

-Yo... te diré. Para eso, hacen falta fondos...

-Querrás acaso que te nombren abogado consultor?

-Pchs! qué vale eso?

-Pues qué Barrabás de pito tocas entonces?

-¡Yo! lo esencial. Yo redacto artículos, pongo comunicados, sueltos, propago la idea... y no estoy a dos dedos de conseguir...- Quién sabe? Ahora he venido a

Madrid, porque ya comprendes: lo que aquí no se empolla... Es preciso que todo diario de la Corte hable de Cavalacuatrera y si no, mira:

Tomó a bulto un periódico de los muchos que en la mesa yacían y me lo señaló con el dedo. Era un artículo de fondo que comenzaba de esta guisa:

«La riqueza minera.

Bajo el suelo que descuidados hollamos, esconde la madre tierra tesoros que...»

(Indulto a los lectores del resto).

Me apoderé de otro y vi que un suelto rezaba:

«Muy bien. Se nos asegura que en Cavalacuatrera (Soria) se organiza, gracias a la iniciativa de Dn. Periquito X (mi amigo e interlocutor) una sociedad para explotar el rico venero que...»

Otro noticiero y callejero:

«En Cavalacuatrera reina grande agitación. Hanse descubierto minerales preciosos en cantidad enorme y el honrado vecindario espera que...»

-¿Qué días ha que estás aquí? pregunté a Perico.

-Veinticuatro horas.

-Y has redactado todo eso?

-Bah! Y estuve con el ministro de Fomento, con el Secretario, con el Presidente de la junta de Agricultura, industria y comercio, con el de la Sociedad económica de Amigos del País, con el del Congreso, con el Doctor Velasco, con el doctor Garrido... Y comí en Fornos, y visité la sección de

mineralogía del gabinete de la Universidad, y dejé allí un ejemplar de mineral... y le regalé al Rector una sortija como esta... y ahora me voy a ver si veo al Profesor de química inorgánica porque lo de Cavalacuatrera se presta a una serie de artículos muy detenidos y razonados que publicará la Revista de

Salíme con él, por hacerle un rato más compañía y siguióme hablando del filón, que mal filón y mal año para su charla! Y como pasásemos ante una tienda o mejor diré covacha que en la calle de Sevilla verán cuantos tuvieren ojos, tocóme al codo murmurando

-¡Y cuán presto se construirán ahí relojes con mineral cavalacuatreño! Te haré fineza de uno.

Miré al interior de la tenducha, y vi que un hombre con el cabello cano trabajaba apaciblemente con pinzas y limas menudísimas, en el arte de relojero. Dábale en el rostro la luz del quinqué y resaltaban con ella sus facciones toscas pero inteligentes y el pliegue reflexivo del entrecejo.

Tomaba y dejaba piezas del tamaño de una cabeza de alfiler, con paciencia de Sajón (que Sajón debía de ser si ya no mentían la barba y rasgos).

Separámonos allí Perico y yo, cogiendo él hacia la calle del Príncipe. Por ocho días le olfateé, sin verle, en lo mucho que se trompeteó en Madrid el grande hallazgo de Cavalacuatrera. Después, pasáronse seis meses en maravilloso silencio; no se volvió a mentar a Perico ni a la mina.

Hallándome en Julio a la puerta del bendito café (remolino y sirte peligrosa para todo varón de estas latitudes) vi que un apuesto caballero, apeándose de una americanilla, arrojó medio duro y un requiebro a una clavelera que le puso, quieras o no quieras, un reventón en el ojal. ¡Y conocí a mi Don Perico! Parecióme frescote, lucio y contento. Naturalmente le pregunté, lo primerito por la salud de las mágicas llanuras cavalacuatreñas.

-Bien, muy bien: contestóme. Vas esta noche al concierto?

-Iré si gustas. Pero dime del nickel...

-Ah! Perfectamente. ¿Crees que puedo ir sin cambiarme de traje? Mozo, cerveza y limón.

-Pero y la mina? acaba. Ya no te acuerdas de la riqueza minera?

-Tienes unas cosas! No me he de acordar? Si soy el gerente de la Sociedad!

-¡Gerente! Pues explícame...

-Bueno, ya... Ujujuy, válgame Dios y qué rubia va por la otra acera! Y mira hacia acá!

-Yo, la verdad, tengo curiosidad... Qué sueldo te corresponde?

-He! cincuenta mil realazos... Pero es un trabajo! Calle! pues no dice aquí que Inglaterra se apodera de Chipre? Yo siempre lo pensé! El Congreso de Berlín, en otras circunstancias...

Enredámonos en una intrincada disquisición diplomática, que fue continuando mientras, asidos del brazo, cruzamos las calles que conducen al Prado. Al atravesar la de Sevilla, un vivo rayo de luz que despidió el quinqué del relojero, me hizo mirar, como hacía seis meses, al interior del tugurio. Vestido con ligera blusa de dril, el buen hombre manejaba como siempre, sus chismecicos y trebejos.

En aquel instante, la claridad plateada de la luna de estío bañaba dulcemente las planicies y valles de Cavalacuatrera (Soria), y el rico

mineral sepultado en sus entrañas.
Emilia Pardo Bazán

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

